

KIMBERLEY WISE Y JOSÉ GUIMÓN

El G8 tras la cumbre de Kananaskis

Durante los últimos años se han agudizado las críticas hacia el G8 y ha aumentado la movilización social contra su actitud y actividad. Para mejorar su impacto sobre el mundo y mitigar así esas opiniones contrarias, el G8 debe someterse a un proceso de reforma urgente e impulsar a su vez el cambio en otras organizaciones internacionales. Este artículo presenta un análisis del resultado de la cumbre de Kananaskis (Canadá), celebrada en junio de 2002, un repaso de los principales problemas estructurales del G8 y una reflexión sobre su futuro.

El 26 y 27 de junio de 2002, los líderes del G8 reunidos en Kananaskis (Canadá) centraron su agenda fundamentalmente en dos asuntos: el desarrollo de África y la lucha contra el terrorismo. En lo relativo al primero, dieron muestras de su apoyo al nuevo plan para el desarrollo de África (NEPAD)¹ y abrieron las puertas a una colaboración más intensa con los Gobiernos africanos para impulsar el desarrollo del continente. Sin embargo, los compromisos concretos fueron decepcionantes. No aportaron fondos adicionales, sino que se limitaron a asegurar que se destinaría a África por lo menos la mitad del nuevo fondo de 12 billones de dólares anuales para la ayuda al desarrollo constituido en la Conferencia Internacional para la Financiación del Desarrollo de Monterrey.² Los 6 billones de dólares anuales que se asignarán al continente más pobre del planeta resultan insuficientes. Por una parte, los países africanos se merecen más de la mitad de esos fondos si lo que se pretende es destinarlos a las regiones más necesitadas. Por otra, debería haberse hecho un mayor esfuerzo por aumentar los 12 billones que se acordaron

Kimberley Wise es abogada y trabaja para la Embajada de Estados Unidos en Madrid. José Guimón es economista e investigador de la Universidad Autónoma de Madrid

¹ José Guimón, "Un nuevo horizonte para el desarrollo africano", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, verano 2002, N° 78.

² Ver en este mismo número: Juan Pablo Prado, "Consenso de Monterrey: ¿avance o retroceso", p. 37.

en la Conferencia de Monterrey, pues la cifra queda muy por debajo de los 50 billones solicitados por Naciones Unidas.³

Distintas ONG, como Oxfam, se quejaron también de las excesivas condiciones impuestas para la ayuda a África. Una forma más honesta de ayudar al continente hubiese sido facilitar la entrada de los productos africanos en los países ricos y reducir los subsidios agrícolas en la Unión Europea y EEUU, donde recientemente fueron aumentados.⁴ Otro aspecto criticable es la escasa contribución al programa de condonación de deuda de países altamente endeudados, presentado en 1996, al que sólo se dedicó un billón de dólares adicional. En cualquier caso, que el desarrollo de África fuese el tema central de la reunión, y la decisión de que así fuera también en la próxima cumbre, representa un gran logro para los sectores que reclaman un mayor compromiso del G8 con la lucha contra la pobreza. El presidente surafricano Thabo Mbeki, invitado a Kananaskis, declaró que “la conferencia pasará a la historia como un momento fundamental en la evolución de África y en el proceso de nacimiento de un sistema de relaciones internacionales más equitativo”.⁵

Aunque África fuera el tema principal, EEUU estuvo más preocupado por la lucha contra el terrorismo. Lo más destacable en este sentido fue el acuerdo logrado para controlar las armas de destrucción masiva, cuyo objetivo es prevenir que armas nucleares, químicas o biológicas caigan en manos de terroristas. George Bush logró persuadir al resto de líderes del G8 para que se comprometieran a destinar a esta causa 10 billones de dólares durante los próximos 10 años, que sumados a los 10 billones aportados por EEUU resultan un total de 20 billones de dólares. Los proyectos de destrucción y reciclaje de arsenales tendrán lugar fundamentalmente en Rusia, pues es la más importante fuente potencial de este tipo de armas. Vladimir Putin, presidente ruso, se mostró dispuesto a cooperar en el programa, algo a lo que seguramente ayudó el hecho de que se le aceptara como miembro pleno del G8.

Una forma de evaluar el éxito de una cumbre del G8 es constatar si su agenda se corresponde con los problemas globales más urgentes. La cumbre de Kananaskis cumple este aspecto, pese a que haya sido criticada por no haber afrontado con mayor ímpetu los problemas financieros y económicos globales en un contexto en que la economía internacional se encuentra seriamente amenazada por la “Enronitis” y por la crisis Argentina y su expansión hacia otros países emergentes.⁶ Otra forma de evaluación es atendiendo a su esfuerzo de autocrítica y a su espíritu reformista, pues el G8 se enfrenta a problemas estructurales cuya envergadura y complejidad van más allá de la elección de los temas a

³ El Plan Marshall transfirió a Europa Occidental tras la II Guerra Mundial el equivalente actualmente a 97 billones de dólares, y la ayuda de Alemania Occidental a Alemania Oriental en los años noventa ascendió a 600 billones de dólares.

⁴ Bernard Cassen y Frédéric F. Clairmont, “Globalisation à marche forcée”, *Le Monde Diplomatique*, Diciembre 2001.

⁵ *BBC Monitoring Africa*, “Mbeki calls for implementation of Nepad projects”, 29 de junio de 2002.

⁶ Richard Wolfe, “An uncertain world”, *Financial Times*, 30 de junio de 2002.

incluir en su agenda. En este sentido, Kananaskis ha producido resultados significativos, aunque insuficientes, teniendo en cuenta la magnitud de las deficiencias que padece el G8.

Problemas de legitimidad

La misión del G8 ha evolucionado mucho en los últimos años, lo cual ha agudizado las dudas sobre su legitimidad. Su finalidad primordial ha dejado de ser la coordinación de la política económica de sus miembros para pasar a cubrir un amplio abanico de asuntos globales que considera prioritarios. Su evolución se ha producido desde la coordinación económica de sus integrantes hacia el gobierno global. A medida que se producía este cambio, se ha ido reforzando la opinión de que el G8 no tiene ninguna legitimidad para la formulación de políticas que afecten a todo el mundo, debido a que no todos los países están representados, sino sólo un grupo de los siete Estados supuestamente más avanzados y Rusia. Ante una situación de anarquía internacional, el G8 ha emergido de forma natural, pero no democrática, como un órgano de gobierno global.

No están claros los criterios que definen qué países deben formar parte del foro, ni existen mecanismos transparentes de revisión y admisión de miembros, sino que su construcción obedece más bien a un proceso histórico.⁷ Por ejemplo, no está plenamente fundado que Rusia forme parte del G8, pues existen otros países no representados, como India o China, con mayor peso en la economía mundial. Tampoco está suficientemente justificado que Italia y Canadá sean miembros. Desde un punto de vista puramente legal, el G8 tiene derecho a reunirse formal e informalmente, al igual que hacen otros grupos de países con intereses y preocupaciones similares (como el G77 de países en desarrollo). No resulta nocivo que un grupo de países ricos coordinen sus agendas e intenten solucionar los problemas globales que ellos mismos consideran prioritarios. El resto de Estados podrá adherirse o no a sus recomendaciones libremente, al menos en teoría.

El G8 no es la representación global, sino una reunión muy lícita de representantes de ocho países que, aunque poderosos,⁸ no representan a todos. Sólo si el G8 abriera sus puertas a otros países lograría dotarse de mayor representación y legitimidad, pero la expansión tiene un precio. Si se ampliara el número de países que lo conforma, el G8 perdería flexibilidad ya que ello dificultaría el logro de con-

*Ante una
situación de
anarquía
internacional,
el G8 ha
emergido de
forma
natural,
pero no
democrática,
como un
órgano de
gobierno
global*

⁷ El G6 se reunió por primera vez en 1975, en Rambouillet (Francia), como foro de los seis principales países industrializados del mundo (EEUU, Japón, Alemania, Francia, Italia, Gran Bretaña). Un año después, en la cumbre de San Juan (Puerto Rico), se transformó en el G7 con la entrada de Canadá, lograda gracias al apoyo de EEUU. En 1977, en la cumbre de Londres, la Unión Europea pasaría también a formar parte del grupo. Tras el colapso de la Unión Soviética, Rusia fue invitada a una reunión informal en 1991 y posteriormente nombrada miembro en la reunión de Birmingham de 1998, quedando así formado el G8. Ni Rusia ni la Unión Europea son miembros plenos porque los países del G7 continúan celebrando reuniones ministeriales y presidenciales informales sin contar con ellos.

⁸ Los países del G8 representan un 48% de la producción mundial y un 49% del comercio internacional.

senso, algo que es considerado como uno de sus principales activos. En palabras de Sir Nicholas Bayne, profesor de la London School of Economics, “el gran mérito del G8 está en que es suficientemente pequeño y compacto como para que los líderes puedan tener un intercambio directo alrededor de la mesa, y esta cualidad se perdería si se sumaran nuevos miembros”.⁹ No obstante, teniendo en cuenta que la lucha contra la pobreza se está convirtiendo en la prioridad de la agenda del Grupo, cada vez se hace más evidente la conveniencia de contar con representación de países subdesarrollados. También se le critica por no haber dado una respuesta adecuada al creciente peso del sector privado, las ONG y la sociedad civil en el sistema internacional.

En respuesta a estas críticas, el G8 impulsó en 1999 la creación del G20, un foro asociado de países emergentes. Sin embargo, en la práctica, el G20 se ha limitado casi exclusivamente a ratificar las iniciativas propuestas por el G8 y, por tanto, no puede decirse que su existencia haya reducido el carácter elitista de éste.¹⁰ Por otra parte, desde la cumbre de Birmingham de 1998 se ha invitado a responsables de las organizaciones internacionales involucradas en los asuntos tratados por el G8, además de contar con la participación de la Unión Europea como miembro permanente desde la cumbre de Londres de 1997. De esta forma aumenta la legitimidad del G8 porque los países no miembros pueden reconocerse indirectamente representados mediante la presencia de responsables de instituciones de las que sí son parte.

La cumbre de Kananaskis ha supuesto un paso importante hacia la necesaria democratización del G8. Se alcanzó el acuerdo histórico de hacer de Rusia un miembro pleno y se invitó a Kofi Annan, Secretario General de la ONU, y a cuatro presidentes africanos a participar en el último día de la cumbre. Según John Kirton, director del G8 Research Group de la Universidad de Toronto, “ninguna cumbre anterior avanzó tanto como la de Kananaskis en la atenuación simultánea de las fronteras Este-Oeste y Norte-Sur, mediante la inclusión de la antes rival Rusia y de la históricamente olvidada África”.¹¹ De esta forma, puede considerarse que el G8 se ha embarcado en un esfuerzo real de transformación en busca de “una alianza democrática e inclusiva para el gobierno global efectivo en el siglo XXI”.¹² El Grupo dejó clara su intención de no incluir en el futuro próximo a nuevos miembros más allá de la incorporación de Rusia. Aunque invitar a presidentes africanos y la ONU denota un espíritu más integrador, éste queda mitigado porque su influencia sobre la agenda y decisiones es menor que la de los miembros plenos. Además, no se invitó formalmente a los presidentes africanos a participar también

⁹ Nicholas Bayne, “Round Table: Canada’s Kananaskis G8 Summit: What can and should be done?”, *Canadian Foreign Policy*, 2002, Vol. 9, Nº 3.

¹⁰ Tom Barry, “G8/G7 and Global Governance”, *Foreign Policy in Focus*, 2000, Vol. 5, Nº 23.

¹¹ John Kirton, “Kananaskis’s contribution to the Global Community”, *G8 Online Course*, Sesión 25, 2002.

¹² John Kirton, “A summit of historic significance: A gold medal for the Kananaskis G8”, *G8 Information Centre*, Universidad de Toronto, 27 de junio de 2002.

en la próxima cumbre, por lo que todavía es pronto para pronunciarse sobre la voluntad expansionista del G8.

Crisis de credibilidad

Si bien el problema de legitimidad del G8 es importante, su falta de credibilidad ha sido motivo de mayores críticas. Para mejorar su imagen, el G8 debe centrarse en formular políticas eficientes y, sobre todo, en cumplir sus compromisos. En palabras de *The Economist*, el principal problema del G8 es que “en demasiadas ocasiones la grandilocuencia de su retórica es inversamente proporcional a la magnitud de sus logros reales”.¹³ En los 28 años de historia del Grupo, los países que lo integran han incumplido repetidamente los acuerdos de las cumbres, sobre todo en lo relativo a condonación de la deuda, reducción de emisiones de carbono, prevención de conflictos y reforma de la arquitectura financiera internacional.¹⁴

La raíz del problema radica en el extraño cuerpo jurídico del G8. Carece de capacidad ejecutiva y de personalidad jurídica *stricto sensu*, pues no fue creado por un tratado internacional firmado y ratificado por todos sus miembros. No es una institución ya que no tiene personal fijo ni sede. No se ha dotado de una reglamentación procedimental por lo que puede contradecir sus principios de actuación. No tiene un tratado constitutivo que establezca que sus decisiones sean autovinculantes, luego las partes no están obligadas a su cumplimiento. Además, no ha previsto la creación de un órgano enjuiciador que fiscalice su actuación. Tampoco las condenas políticas de otros países son efectivas para impulsar el cumplimiento de los acuerdos porque su efecto es escaso sobre los integrantes del G8, líderes de los países más ricos del mundo. En definitiva, no hay garantías de que los compromisos colectivos de las cumbres del G8 sean cumplidos, ya que el grupo está formado por líderes de Estados soberanos autónomos que responden a sus distintos intereses nacionales y a las demandas de sus electores. Nos hallamos ante una figura jurídica desdibujada a la que no se le puede exigir nada legalmente. Ni siquiera hay mecanismos de seguimiento y supervisión eficientes del grado de cumplimiento de los objetivos pactados, aunque en los últimos años se ha avanzado considerablemente en este terreno.¹⁵

En Kananaskis se tomaron dos iniciativas destacables con potencial para mejorar este tipo de limitaciones. Por una parte, se decidió que el comité de representantes del G8 para África continuaría en funcionamiento al menos un año más, y que en la próxima cumbre presentarían un repaso de los avances logrados y del grado de cumplimiento de los compromisos de Kananaskis. Por otra parte, Jacques Chirac, presidente francés y anfitrión de la próxima cumbre, declaró que el año que viene continuaría con la fórmula canadiense de dedicar una atención especial a un tema central, y anunció que este sería de nuevo el desarrollo africano. Al cen-

¹³ *The Economist*, “Peanuts and plutonium”, 28 de junio de 2002.

¹⁴ Tom Barry, *op.cit.*

¹⁵ Andrea de Guttry, “The Institutional Configuration of the G-7 in the New International Scenario”, *The International Spectator*, 1994, N° 2.

trarse en un tema, o en un número reducido de ellos, aumentan las posibilidades de formular políticas con impacto y de lograr compromisos reales. En parte, la razón del fracaso de cumbres anteriores fue que adoptaron una agenda demasiado dispersa o ambiciosa y que, como resultado, los comunicados finales presentaron una carencia notoria de nuevos compromisos y de iniciativas novedosas con potencial para mejorar el mundo, adoptando más bien la forma de un mero reconocimiento de los asuntos globales prioritarios y de las iniciativas en marcha para combatirlos.

Dudas sobre su utilidad

Actualmente, una cuestión fundamental es si, en conjunto, la influencia del G8 es positiva para el sistema internacional. ¿Sería mejor que desapareciera por completo o que se mantuviera funcionando en las mismas condiciones actuales? El G8, argumentan sus críticos, es un foro inútil que se limita a hacer grandilocuentes declaraciones de intenciones y falsas promesas. Algunos sostienen que el único objetivo de su existencia es mantener el orden económico liberal para que sus miembros puedan seguir acumulando riqueza. El Grupo es visto como instrumento central para la imposición del neoliberal Consenso de Washington sobre los pobres y los bienes públicos de que dependen. De acuerdo con esta lógica, los países que lo integran utilizan el G8 para transmitir su voluntad de afrontar los problemas de la globalización de forma democrática y consensuada, mejorando así su imagen y atenuando la demanda de medidas más radicales. Como señala Susan George, vicepresidenta de ATTAC Francia, los países ricos “necesitan, por todos los medios, consolidar la legitimidad de su dominación antes de que ésta sea todavía más quebrantada”.¹⁶

Pese a que las deficiencias del G8 son evidentes, tiene también virtudes que justifican su existencia. Es una plataforma de diálogo al más alto nivel, relativamente flexible en comparación con otras organizaciones internacionales. Ha demostrado ser un foro eficaz para la identificación de los problemas asociados con la globalización y, en ocasiones, ha presentado ideas innovadoras con potencial para solucionarlos. Según Tom Barry, director de la revista *Foreign Policy in Focus*, “aunque sus declaraciones anuales son principalmente promesas vacías, la mayor parte de las iniciativas económicas y de seguridad se discuten en primera instancia por los líderes de este foro de elite y sus ministros antes de que las organizaciones internacionales tomen acción”.¹⁷ En virtud del poder combinado de sus miembros en el ámbito económico, militar y diplomático, su influencia en política internacional es enorme. Además, como señala Bayne,¹⁸ una de las principales funciones del G8 es el progresivo desarrollo de un liderazgo colectivo

¹⁶ Susan George, “L’ordre liberal et ses basses oeuvres”, *Le Monde Diplomatique*, agosto 2001.

¹⁷ Tom Barry, *op.cit.*

¹⁸ Nicholas Bayne, “Round Table: Canada’s Kananskis G8 Summit: What can and should be done?”, 2002, Vol. 9, Nº 3.

que contrarreste la hegemonía estadounidense y, aunque no se haya logrado limitar el excesivo peso de EEUU en la escena internacional, el G8 es una de las pocas plataformas en marcha capaces de mejorar la situación. En palabras de Gordon Smith, director del Centre for Global Studies de la Universidad de Victoria, “nuestro mundo necesita un mejor gobierno, pero como no tendrá nada que pueda describirse como un ‘gobierno global’ hasta dentro de mucho tiempo, o tal vez nunca, necesita valerse de una variedad de mecanismos para gestionar la creciente interdependencia global, dentro de los cuales el G8 es uno de los más importantes”.¹⁹

Problemas de solapamiento

La variedad de instituciones y mecanismos para hacer frente a la mayor interdependencia global ha provocado, en ocasiones, solapamientos entre las actuaciones del G8 y otras organizaciones internacionales. En la actualidad, el aspecto central de este debate es qué respuesta dar al solapamiento, en asuntos de paz y seguridad, del G8 con el Consejo de Seguridad (CS) de Naciones Unidas. En virtud del artículo 24 de la Carta fundacional de Naciones Unidas, el CS es el único órgano constitucionalmente legitimado para el mantenimiento de la paz y seguridad internacional, especialmente en lo relativo a la intervención. Sin embargo, los asuntos de paz y seguridad han entrado progresivamente en la agenda del G8, destacando su actuación en el conflicto de Kosovo, donde por primera vez intervino operativamente en el mantenimiento de la paz. En 1999, cuando no se conseguía una solución en el seno del CS al conflicto de Kosovo debido a la posición rusa, se logró llegar a un acuerdo en la cumbre del G8 de Colonia gracias al “Plan Fischer” (en nombre del Ministro de Asuntos Exteriores alemán que lo propuso). Entre los ocho miembros redactaron lo que después sería la Resolución 1244 del CS de Naciones Unidas y, hasta hoy, la norma que rige el orden constitucional de la región. ¿Debería el G8 sustituir al CS o, por el contrario, abstenerse de tomar decisiones operativas en cuanto a paz y seguridad? ¿Pueden coexistir y complementarse ambas instituciones? Se distinguen tres posiciones doctrinales en función de la respuesta que dan a estas preguntas:

- 1- Una corriente, basándose en la crisis de eficacia y los obstáculos burocráticos que atenazan al CS, considera al G8 preferible para actuar de forma más rápida, flexible y consensuada. Sostiene también que el G8 es más realista y contemporáneo porque no está encorsetado en una visión del mundo de 1945 —Naciones Unidas ni siquiera contempló en ese momento los conflictos intraestatales—.
- 2- Otra postura sostiene que el G8 es un foro inadecuado para involucrarse en actividades de paz y seguridad por su falta de legitimidad. Cree que el G8 no tiene atribuciones democráticas para controlar la política global.

*¿Debería el
G8 sustituir
al CS o, por
el contrario,
abstenerse de
tomar
decisiones
operativas en
cuanto a paz
y seguridad?*

¹⁹ Gordon Smith, “Round Table: Canada’s Kananaskis G8 Summit: What can and should be done?”, *Canadian Foreign Policy*, 2002, Vol. 9, Nº 3.

En este sentido, le falta la autoridad que le confiere a la ONU la representatividad. Esta corriente de pensamiento critica que el G8 no es suficientemente transparente, democrático, ni equilibrado geográficamente y que ni siquiera tiene experiencia en gestión de crisis o en prevención de conflictos.

- 3- La tercera tendencia opina que las dos instituciones deberían complementarse sin excluirse. Estos pensadores creen que el G8 sería un buen “catalizador e iniciador”²⁰ de las actuaciones del CS porque es un órgano más dinámico y en mayor contacto con la realidad —actuaría como asesor de primer orden para el CS—. Ésta constituiría una buena solución si se ignora el poder real que tiene el G8 en el seno del CS. Cuatro de los cinco miembros que tienen derecho de veto (“Power Five”)²¹ en el CS, son miembros del G8. Por tanto, si el G8 quiere actuar, el CS no lo va a impedir y si el G8 quiere impedir una actuación del CS, sería fácil. Los autores creen que el CS debería mantener el control sobre las cuestiones de paz por su unívoca legitimidad, y el G8 respetarlo. Las críticas acerca de la ineficacia del CS por los integrantes del G8 resultan contradictorias, ya que la necesaria reforma del CS está, principalmente, en sus manos. Si estos líderes están realmente interesados en asumir un liderazgo en la paz y seguridad internacional, deberían esforzarse por mejorar el CS y resolver los problemas de estructura y recursos que tiene la ONU.

El futuro rumbo del G8

El G8 no ha hecho llegar su mensaje a los ciudadanos ni les ha dado confianza en el proceso de globalización, y su imagen se asocia con la opulencia, la grandilocuencia y el elitismo. El rechazo al G8 y las protestas, en ocasiones violentas, han crecido considerablemente durante los últimos años. La cumbre de Génova de 2001, a la que acudieron 200.000 manifestantes, saldándose con un muerto y más de 600 heridos, confirmó que el G8 debía renunciar a reunirse con tanta parafernalia como hasta entonces.²² Por ello, y por los sucesos del 11 de septiembre, se decidió celebrar la cumbre de Canadá en un lugar aislado y pacífico, lo menos expuesto posible a las protestas. Si el G8 quiere mejorar su impacto sobre el sistema internacional, debe reflexionar sobre su sentido, funcionamiento y actitud, así como emprender un esfuerzo constante y honesto de reforma para corregir sus actuales deficiencias. Aunque en Kananaskis se hayan puesto en marcha iniciativas acertadas, el ritmo de las reformas está siendo demasiado lento. El

²⁰ Winrich Kühne y Jochen Prantl, “The Security Council and the G8 in the new millennium. Who is in Charge of International Peace and Security?”, *Stiftung Wissenschaft und Politik*, Berlín, 2000.

²¹ John Kirton “The G8 – Heading for a Major Role in International Peace and Security?”, *Stiftung Wissenschaft und Politik*, Berlín, julio 2000.

²² Gilles Luneau, “A Porto Alegre, pour une mondialisation différente”, *Le Monde Diplomatique*, enero de 2002.

conformismo de los líderes del G8 con el *status quo* es una muestra de su reticencia a ceder soberanía nacional y a asumir mayores compromisos globales.

La forma en que el G8 se presenta y promociona como eje central de gobierno global resta credibilidad a Naciones Unidas. El Grupo debería dejar de ocuparse de tantos asuntos de ámbito global y concentrarse en temas más puntuales y abarcables, dejando que la ONU asuma su liderazgo en el gobierno global. En el futuro próximo el G8 debería concentrarse en impulsar la reforma de organizaciones internacionales como la ONU y las instituciones de Bretton Woods en lugar de intentar suplantárlas. Esas instituciones requieren reformas estructurales urgentes y el G8 es una buena plataforma para impulsarlas. En la cumbre de Halifax de 1995, el Grupo reconoció la necesidad de diseñar una nueva generación de instituciones internacionales para hacer frente al gobierno de un mundo globalizado. Sin embargo, no han asumido su responsabilidad y desde entonces han desviado su atención hacia otros temas.

Como señala en su último libro Joseph Stiglitz,²³ ex economista jefe del Banco Mundial y Premio Nobel de Economía, para que la globalización pueda actuar como una fuerza positiva en el mundo, es necesaria una reforma radical de las instituciones de gobierno global, comenzando por una mayor transparencia y una mayor voluntad de examinar sus propias acciones. En lo relativo al G8, lo más urgente, a corto plazo, es establecer mecanismos más eficientes y transparentes para la supervisión y seguimiento del cumplimiento de compromisos. Cada cumbre debería comenzar por un repaso de los avances logrados con respecto a los acuerdos de la anterior reunión, y esto debería recogerse en los comunicados. A largo plazo, el G8 debería dotarse de mecanismos para fiscalizar el cumplimiento de acuerdos, como por ejemplo un sistema sancionador.

²³ Joseph E. Stiglitz, "Globalization and its discontents", W.W. Norton & Company, Nueva York, 2002.